

Quiero vivir. *Un relato vivencial*

GRISELDA ALVAREZ*

Al ir a levantar mi pequeña valija, me asalta un dolor-cillo atrás del esternón. Muy situado. Ahí precisamente. No es cosa de fijarse. Puede ser que se quite con respirar profundo y caminar. El asunto es no perder la fila para entrar al avión y no preocuparme mucho. Este dolor va a eclipsarse antes de que despegue el aparato.

Pero en lugar de esto, el dolor se extiende como faja, se profundiza y sube por los pulmones hasta los hombros. Extraño. Respiro lo más hondo que puedo y me muevo lo menos posible. ¡Soy tan sana, tan fuerte, tan presumida!

Viajo con Max, dinámico, inteligente compañero de labores, quien no debe saber lo que me pasa.

A los diez minutos ya en pleno vuelo, el malestar ha desaparecido. A otra cosa.

La vida sigue su marcha. Me gusta mi trabajo. Mis compañeros son excelentes. Es una maravilla tener un jefe inmediato como el que tengo, (Lic. Oscar González César): educación, inteligencia y cultura en una sola persona. Mi familia, bien, gracias.

Días después, casi de inmediato, a nivel del mar, (así lo pide mi empleo) y en forma por demás inesperada, vuelve el dolor.

Esta vez no puede sobresaltarme porque tengo la experiencia primera y en ella no pasó nada. Pero algo está funcionando mal. Este prodigioso cuerpo, es tablero que prende sus foquillos rojos a base de síntomas, como verdaderos avisos que a tiempo piden vigilancia. Tendré que ir al médico.

Hago cita. Será la semana próxima. Sin embargo el Destino envía una orden distinta.

He tenido un domingo común y corriente y me dispongo a dormir. De repente, ahí está el dolor. Ahora es más fuerte, quemante, difuso. Se hace insoportable. Debo pedir auxilio médico inmediato. Mi familia directa está de vacaciones en el extranjero y mis amigos cardiólogos no responden por teléfono. Los segundos se agrandan.

¡Por fin, mis sobrinos! En unos minutos me llevan al hospital más cercano.

Debo traer cara de emergencia, porque el policía de la puerta abre paso sin preguntar.

El médico de guardia ordena un electrocardiograma. Es el principio de la pesadilla.

Hace unos días, unos cuantos días, creía tener salud completa; ahora cosa curiosa, no dispongo de mi propia voluntad, dependo de los inquietantes resultados de las pruebas de laboratorio y demás extraordinarios inventos que la ciencia médica alcanza a fines del siglo XX.

Se me ha despertado un alerta vital única. Todo lo inquiero, todo lo quiero saber, pregunto a cada paso molestando. No me conformo con respuestas cortas, no tolero los cuchicheos a distancia sin explicación inmediata aún de los mismos galenos; desconfío esta vez.

Así se abre camino la verdad: angina de pecho pero atípica. (¡Ah, sí!. De lo que murió Benito Juárez) ¿Eso es? ¿Y por qué duele tan fuerte?, pues -viene la explicación- las coronarias obstruidas en un alto porcentaje, no permiten el paso cabal de la sangre que requiere el corazón y éste bombea con dificultad muy cerca del infarto.

Esto en pocas y fáciles palabras.

Y ahora, ¿qué?

Se reúnen los facultativos y mi hijo médico para decidir conmigo.

Esta es una junta especial, no como una de aquellas, de aquellas muchísimas que tuve cuando con un alto nivel de decisiones como gobernadora de un Estado, yo podía dirigir destinos ajenos.

Esta es la junta de mi propio destino. Puede ser la última. Las blancas batas de los galenos hacen más sobrio el cuadro.

Mi hijo mantiene bien su adrenalina. El rostro impenetrable, quizá para auxiliarme.

La luz de este frío septiembre no ilumina bien. Quiero ser optimista. Yo ayudo ¿eh?. Dicen que cuando el paciente tiene ganas de vivir, el certificado de defun-

* Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

ción se aleja. Yo quiero vivir. Que hablen. Sin retinencias: lo único, lo inmediato, es intervenir quirúrgicamente. De lo contrario...

¿Riesgos? Como toda operación de corazón. ¿Y mi edad? Ese es riesgo mayor, no se me puede ocultar. Pero siempre para vivir es necesario atravesar el peligro.

Quiero vivir.

Hay una vocecilla muy adentro de mí que me pregunta: "¿para qué Griselda? Ya viviste mucho, ya cumpliste. Descansa".

Quiero vivir, insisto.

Tengo posibilidades, los médicos dicen que soy "buen sujeto de cirugía", no diabética, no obesa, no artrítica, no hipertensa, no fumadora, no alcohólica, magníficos pulmones. ¡Total, un buen éxito de administración!.

Pero las estadísticas dicen que en mi edad... -vuelvo a insistir-.

Dios de Dioses, tengo un cerebro lúcido, puedo todavía jugar ajedrez en dos tableros, hilvanar regularmente una conferencia con mis temas favoritos, responder a un test o un cuestionario con prontitud. Estoy bien pese a mis viejas neuronas.

Me siento humillada.

Esto es otra cosa. Deseo que me describan mi operación a grandes rasgos. Qué van a hacer estos jóvenes médicos, como el cirujano en Jefe, (Dr. Rodolfo Barragán), de espléndidos bíceps, en plena edad cirujana y ciencia exacta. Estos hombres extraños de increíble osadía, que abren grandes zanjas corpóreas y por ahí meten manos e instrumentos y cortan, cierran, añaden, desechan, extirpan.

Uno de ellos, que no es el jefe, decide informarme como le pido: "¿con una sierra especial, cortaremos longitudinalmente el esternón. Enseguida con separadores, ampliaremos el campo..." Mi imaginación va más aprisa. Ya veo como se desplaza el tórax, como se elongan los tendones; como soy ya una masa sangrante.

"...Por otra parte, -le oigo a medias- descubriremos la vena safena externa, para con ella hacer tres puentes (*by-pass*) necesarios a las coronarias..." "Habrà circulación extracorpórea..." "con un tubo en la tráquea protegeremos la respiración porque la oxigenación..." "la pleura..." "el pericardio será..." "...el corazón detenido" y "cerraremos con grapas el esternón..."

El cirujano ha terminado de explicarme. Oí la mitad exactamente. La otra se la tragó sabiamente la angustia en un movimiento defensivo.

Si se hiciera una encuesta entre pacientes graves, seguramente se optaría por no decir toda la verdad, o sea, tener más respeto al "colon irritable".

Venticuatro horas para resolver si me opero, si

corro el riesgo para salvar la vida o si no me intervienen y pierdo. Así de fácil.

Probabilidades: 95 a favor y 5 en contra.

Siempre fui mujer de suerte, así que este cinco adverso no debe tomarse en cuenta.

Ya decido. Mesometo y la operación quirúrgica será en México.

No es que oiga el Himno Nacional de música de fondo y vea flamear mi bandera en este mes de septiembre. Es que es lógico: nací auxiliada por manos mexicanas, mi existencia ha transcurrido en este suelo mexicano que adoro y ahora, pase lo que pase, será en manos mexicanas, expertas, con toda la experiencia que puedan tener a la altura de cualquier nacionalidad.

Además esta experiencia se remonta desde que éramos aztecas puros y andábamos en rituales solemnes. Muchísimo antes que Houston...

Adelante.

Transcurre un día. Más análisis. Por la venoclisis, junto con el suero glucosado, seguramente han puesto la droga del "quemeimporta". Mi estado de ánimo así lo indica. Así se maneja al paciente "bien orientado" así la docilidad llega al más rebelde. Del paciente se obtiene la decisión grande y a veces hasta la firma; pero su estabilidad psíquica se puede guiar o gobernar mediante la química en beneficio de los resultados. De acuerdo.

Sedada.

Viene de seda. El espíritu sosegado. Cada minuto más tranquila.

Veo caras familiares, varios amigos, mis queridas y bellas comadres (encabezadas por Jacqueline Andere). Me miran, se acercan. Quizá observan la proximidad de la muerte, de su propia muerte. Ellos saben que están cumpliendo un deber de amistad, de parentesco. Advierto sus rostros tristes, sus miradas curiosas, profundas. Todos me dicen lo mismo como puestos de acuerdo: "te va a ir bien, ya verás".

Me impresiona la sencillez de las palabras.

Antes de entrar en esta esfera de tranquilidad, tuve una grata emoción. Resulta que mi sangre es O positiva y se necesita en cantidades. Se solicitarán donadores. He aquí que se presenta un grupo numeroso compuesto por trabajadores del Museo Nacional de Arte. Durante tres años fui su jefa y conservamos buen recuerdo. Son de categoría digamos de base, de salario mínimo y lo único que pueden regalar es su limpia sangre. Aquí está una vez más la solidaridad mexicana. Es cuando se hace, como dicen, un nudo en la garganta. Gracias, de veras, gracias.

Ahora entran varias personas desconocidas a mi cuarto. Entiendo. Llegó el momento.

Me conducen en la camilla por el estrecho pasillo.

Vamos despacio. Los personajes se aproximan, me hacen un cariño, se van. Es como una película de gran guignol. Al último de todos viene mi hijo. Me toma la mano derecha y se la lleva a los labios. Ahí, uno, dos, tres, cuatro besos. Nunca nunca fueron tantos. Se impuso su carácter seco, poco cariñoso durante toda la vida. Pero ahí estaban acumulados esos cuatro besos y ésta es la ocasión. Quizá son el fruto de la última conversación que acabamos de tener y que resultó macabra.

-Miguel, perdóname unas palabras, pero hay que estar en todo. Resulta que te había dicho que me choca la cremación. Sin embargo para hacer las cosas más fáciles, si es necesario, me decido por ella. Luego en la iglesia de la Santa Cruz, junto a mi nieto, a tu hijo. Las cenizas juntas. ¿De acuerdo?.

Ni modo, soy especialista en clavar alfileres y además sádica.

Al fin y al cabo todo va a salir bien.

¡¡Al quirófano!!

Ahora estoy en una región inalcanzable. ¿Quién inventó la primera anestesia?. No, no me refiero al golpe de macana en la gruta, no hago referencia a las rupestres situaciones de mis peludos antepasados; hablo del invento del éter hasta estas fechas y bendigo a esos perfeccionistas investigadores que convierten en paso deleitoso, quizá al más allá, la actual anestesia.

El mundo de la percepción está fuera, lleno de inquietudes, de ambiciones, de actividades, de problemas en su continuo movimiento. En estos instantes soy un número que dentro del Instituto Nacional de Estadística e Informática, puede cambiar de casilla, del ser al no ser.

Esto entre millones de habitantes ahí anotados, contabilizados. Mi poca importancia.

Estoy como cuando vivía en el claustro materno: sin conciencia.

Según me platican mucho después, afuera, en el pasillo, en la sala de espera del hospital, hay comentarios que empiezan a ascender: tengo tales y tales cualidades. En cuanto me muera, subirán más, como las acciones bancarias. De seguro.

De vez en vez, alguien sale del quirófano y comunica a los visitantes en qué paso va la operación, (organizado todo como en la Opera): "...circulación extracorpórea..." "...corazón en bomba..."

Hasta que se anuncia, después de varias horas, que está por finalizar y con buen éxito la intervención.

Al terminar, los cirujanos han unido las dos partes

de mi esternón que aserraron al principio, con unas grapas de metal. Esto asegura dos cosas: la consolidación de mi caja torácica, y otra, que en el futuro -ojalá lejano- seré un elegante esqueleto con motivos metálicos, sino hay cremación.

Ahora viene el tiempo perdido. Estoy en terapia intensiva y de ello no conservo más recuerdo que el rostro fugaz y hermoso de mi nieta adorada. Como presagio de vida, pasan corriendo radiantes su dieciseis años. ¿Lo soñe?.

Uno, dos, tres días, un poco más. En algún momento mi oído recoge una voz desconocida de mujer que dice: "¡Respire profundo, ayude señora, es oxígeno, es aire bonito, respire, respire más! ¡Ayude!".

Eso es todo.

Si así es el final, de verdad que es agradable, cuando menos éste; no duele nada, no se precisa ningún pensamiento, la angustia ha huido, el silencio envuelve como sábana, ninguna visión se graba en la retina, no hay rumores. No es cierto que el oído es lo último que se pierde. Es la percepción.

Una mano cariñosa me da en el boca un poco de gelatina. Es verde como la menta, como el limón, como la esperanza. La cuchara brilla fuerte. Qué bueno que no es de plástico. Alguien la trajo de la casa. Su belleza se acentúa y no me fijo en el sabor del alimento.

Observo minuciosamente a mis familiares. Parece que acaban de terminar una gran faena y que la hicieron con pico y pala. Como una gran carretera hacia la vida. La fatiga les presta ojeras. Mi nuera, solícita, atenta en todo, se ve más guapa. Fueron días de espera, de incertidumbre. Pero aquí estamos todos esbozando una sonrisa. Ganamos la pelea.

Empiezo a revisarme: la batalla dejó huella. En el pecho con simetría, una línea recta, bien hecha. Es todo. Pero ahí dentro, estuvieron las manos hábiles, precisas, quizá limitadas por el espacio o por los propios movimientos de mi interior, adentro, muy adentro haciendo nudos, inventando puntadas. La safena, al cambiar de sitio, puso testimonio. Su cicatriz, una línea también, será perenne a lo largo del muslo. Los hematomas proliferan por todo el cuerpo, a grado tal, que por momentos pienso que cambie de raza; pero ¿qué hicieron, muchachos?

Dentro de unos días recuperaré mi buen color blanco. Podré ir sin peligro a Johannesburgo...

Y digo estas palabras; recuperaré mi buen color, mientras pienso en todo lo que he ganado.

No sé cuanto me alargaron la vida. Hay imprevistos:

un avionazo, un camión de la Ruta 100, una cáscara de plátano. Lo poco o lo mucho que me resta, he de emplearlo mejor: más amor o mis semejantes, más tolerancia en todo, mejor empleo del tiempo, mayor examen de mis defectos, completo olvido de las ofensas. Y aquí todos los etcéteras que pueda anotar.

Hay mucho quehacer. Hoy conozco mejor a mis amigos y a los parientes después de la intervención. Valoro más que nunca su cercanía y las atenciones que me otorgaron en esta prueba. Aprecio su solidaridad. Es una maravilla la vida por tenerlos a ellos. Me lo dijeron con su presencia, con flores, con golosinas, con sus plegarias, con sus telegramas, con sus recados, con sus viajes desde tan lejos.

Por eso quiero vivir. Para amarlos tengo un corazón reforzado del que oigo sus latidos fuertes y acompasa-

dos, capaz de sobrellevar cargas inesperadas, emociones, sorpresas; tengo también la suerte de existir en la época, -finales del siglo XX- en que ya la ciencia demuestra su adelanto y en un lugar del mundo, México, donde existen facultativos del diagnóstico y la cirugía (¿verdad doctor Guillermo Hamdam?) con toda la habilidad demostrada en altísima calificación. Aquí en el pecho llevo la huella de su salvamento con una línea recta como su conducta médica.

Por mi memoria visual, como en televisión, pasan los rostros de los cirujanos, los cardiólogos, los anestelistas, los perfusionistas, los instrumentistas, los supervisores, las enfermeras: el equipo completo que necesité para continuar la hermosa y complicada aventura de vivir.

Mi gratitud a ellos se extiende como alfombra.

